

45B157

Casa Salesiana Don Bosco. Martí-Codolar
Avinguda Cardenal Vidal i Barraquer, 1 / 08035 Barcelona



Barcelona, 6 de junio de 1995

Queridos hermanos:

He de comunicaros la triste noticia de la muerte de nuestro hermano

Juan Canals i Pujol

fallecido, inesperadamente, en la mañana del pasado 6 de abril.

Había celebrado la Eucaristía en el monasterio de las Madres Mínimas —muy cercano a nuestro Seminario Martí-Codolar—, con gran dificultad y esfuerzo, pues había pasado una mala noche. Se vio enseguida la necesidad de asistencia clínica. Todo sucedió con una rapidez trepidante, porque, mientras se le atendía al paciente en la UCI de la Clínica El Pilar, de esta ciudad, le sobrevino un infarto agudo de miocardio que nos lo arrebató para siempre.

Nadie podía creerlo. Es verdad que, desde algún tiempo atrás, estaba bajo control médico, pero en nada había menguado su entrega al trabajo, metódico y disciplinado, que llenaba por completo sus jornadas. El cardenal Javierre, en su emotivo mensaje de condolencia, expresaba muy gráficamente lo que había ocurrido: «Juan se despidió en consonancia con el estilo de su vida: silenciosa, veloz, eficaz, salesianamente ejemplar».

De acuerdo con ese estilo, quiso dejarnos unos apuntes de su vida, justamente para cuando se tuviera que preparar su carta mortuoria: «Como a mi edad, más que en otras, puede sobrevenirme la muerte —pues el corazón puede fallar en cualquier momento—, quiero facilitar la pronta comunicación de mi muerte a los hermanos, como lo hizo don Rodolfo Fierro, de quien encontré la carta mortuoria autobiográfica...». Por eso, en la redacción del presente comunicado, nos serviremos ampliamente de estas notas tomadas hace ahora 15 años, como para devolverle, agradecidos, un hermoso regalo literario que le pertenece.

Esbozo biográfico

En una primera parte, recogeremos unos cuantos hitos más significativos de la vida de Juan; en la segunda, trataremos de retratar su figura moral y salesiana.

Primeros años

«Nací en el pueblo de Molins de Rei (Barcelona) el 16 de agosto de 1929, en el día natalicio de Don Bosco, el año de su beatificación.

Mi familia de campesinos podía atender a sus necesidades sin agobios especiales. El padre, fallecido en 1969, poco después de celebrar sus bodas de oro, era un hombre culto, muy dado al trabajo y al orden en la administración, particularmente cuidadoso en archivar libros, folletos y noticias. La madre, de gran sensibilidad humana y artística, ha mantenido siempre un buen ritmo de creatividad en labores manuales y en poesía, a pesar de las muchas atenciones que le han pedido sus seis hijos, de los que yo soy el quinto, y los 17 nietos, pues para todos ha sido un centro de referencia, no sólo sentimental, sino también para solucionar infinidad de cuestiones.

La guerra civil me sorprendió a los siete años no cumplidos, cuando acababa de hacer la primera comunión. Mataron a un tío mío materno por ser presidente de la Acción Católica».

En este momento, no podemos menos de intercalar un precioso recuerdo familiar, que debemos a su hermana mayor, María. Son unos versos que el abuelo paterno dedicaba a sus nietos: *«Pronòstic de tres germans / que ara són tres criatures / per quan vinguin a ser grans»*.

El *pronóstico* que se refiere a Juan —éste sólo tenía tres años— suena casi a una profecía:

*«Amb les ulleres que l'avi
li penja alguna vegada
i amb el front de bona amplada,
té un aire escaient de savi.*

*És de faccions molt simpàtiques
i no fóra d'estranyar
que fos metge, capellà
o mestre de matemàtiques».*

Estudios y formación

«Acabada la guerra, empecé el bachillerato y, después del primer curso —que hice en el Instituto Jaime Balmes, viajando en tren cada día a Barcelona—, ingresé como interno en el colegio salesiano de Mataró. Tenía once años.

Ya al segundo curso, pedí ser salesiano. Pero el director, don José Pintado —que sería después obispo de Méndez y Gualaquiza, en Ecuador— prefirió hacerme proseguir allí mismo el bache-

rato hasta que, a los 15 años, entré en el noviciado de Sant Vicenç dels Horts (Barcelona), donde profesé dos días después que mis compañeros, para que mis 16 años estuvieran debidamente cumplidos (18 agosto 1945)».

Naturalmente el apunte autobiográfico no habla de sus márculas de honor. La verdad es que en Mataró había encontrado su ambiente ideal y disfrutaba estudiando.

No hubo dudas al evaluar su petición de entrada al noviciado: «Constitución física buena. De grandes dotes intelectuales. Amante de cuanto a la liturgia se refiere. Sin exageraciones en la piedad. Obediente en grado sumo».

Firmaban el informe sólo los miembros del consejo local, pero uno de sus profesores, entonces tirocinante y hoy cardenal, don Antonio María Javierre, añade en su escrito de pésame: «Fue siempre un modelo, incluso para sus maestros, ya desde su infancia. Doy fe de ello, que pude seguirle de cerca durante toda su vida».

Al comenzar el noviciado su madre le escribió una carta que nos parece de antología. «Ya sabes que tus padres y hermanos te ofrecemos generosamente al Señor. Preséntale, con la delicadeza de un hijo, nuestro sacrificio. Sé fiel a tu vocación. No te entretengas nunca en cosas pequeñas, que no llevan a ningún lado. Sé valiente, y pide a Dios que te haga fuerte en el cuerpo y en el alma. Come bien y reza aún mejor. Procura que el cuerpo esté sano, porque con un buen caballo se puede llegar más lejos. Obedece y pon todo tu ánimo en lo que te manden los superiores. Sumérgete en el océano inmenso del amor de Dios, hasta que puedas exclamar como aquel gran santo: *Deus meus et omnia!* Te abraza con cariño tu madre Montserrat».

Juan prosigue evocando su vida pasada en los términos siguientes: «Hice los estudios de filosofía en Girona (1945-1947). Allí continué haciendo el tirocinio: el primer año con los alumnos internos y externos de la casa, y los otros dos, como asistente y profesor de ciencias de los estudiantes de filosofía.

Antes de ir al Teologado, cursé dos años de ciencias en la universidad de Barcelona, que completé con otros tres apenas ordenado sacerdote, el 29 de junio de 1956.

Recuerdo con particular satisfacción los cuatro años de Teología en el seminario Martí-Codolar (1952-1956): los superiores, el clima de familia entre el centenar de compañeros, la seriedad en los estudios, el clima de oración, la hermosa finca que recibió a Don Bosco el 3 de mayo de 1886, y el haber conseguido la plena disponibilidad para el ministerio con el presbiterado».

Profesor competente

Nuestro hermano terminó la licenciatura en ciencias físicas en 1959, y, a partir de este momento, se entregó de lleno al campo de la acción salesiana: «Viví totalmente dedicado a la enseñanza, a la asistencia y al ministerio del sacramento de la reconciliación: seis años en el colegio de Mataró —donde había surgido mi vocación— y otros cuatro en el de San Juan Bosco de Barcelona-Horta».

Sin duda alguna, el abuelo había intuido certeramente: aquel nieto tenía que ser médico, cura o profesor de matemáticas. No le salió médico; pero, cura y profesor de matemáticas, sí. El joven sacerdote estaba dispuesto a todo lo que le echaran... Uno que convivió con él durante este período, poniendo de relieve su gran capacidad intelectual, afirma que, aunque lo suyo no era propiamente la clase, se entregaba, sin embargo, a ella con total dedicación, y que, en todo caso, hubiera sido un gran investigador (don Antonio Manero).

El superior

El camino del sabio profesor tuvo una inflexión, un quiebro más bien, en su trayectoria: imprevisiblemente, comenzaba su etapa de superior.

«En el verano de 1969, después de haber formado parte de las comisiones precapitulares del Capítulo General Especial, fui nombrado director del colegio de Ripoll (Girona) y miembro del Consejo Inspectorial, y, al cabo de un año, inspector. Como tal, tomé parte en el CGE (1971-1972) cuyo reajuste impulsé, en medio de no pocas dificultades, reduciendo en tres los colegios que nos habían encomendado otras entidades (Reus, Tremp y La Roca) y proyectando con el Consejo tres nuevas presencias (Lérida, Barcelona-La Verneda y San Adrián-La Mina) que, a pesar de las

deficiencias humanas, ganaron la simpatía de los jóvenes de las respectivas barriadas y del clero diocesano».

Así, en una forma tan concisa, se refiere a su mandato inspectorial, que tuvo lugar en el sexenio más difícil que ha tenido la larga historia de la Inspectoría de Barcelona (1970-1976). No le faltaron contrariedades y aun contó, en algunas circunstancias, con la frontal oposición de no pocos. Sus formas serían tal vez en ocasiones demasiado directas, pero la entereza con que afrontó las tensiones, su total incapacidad de guardar resentimiento contra nadie, la solidez de su doctrina, su espíritu de fe y la rectitud de intención, estuvieron siempre fuera de duda.

En la circular de presentación del nuevo padre provincial, don Alfredo Roca, fechada el 14 de julio de 1976, escribía textualmente: «Permitidme, ahora, la manifestación de mis sentimientos al cesar en el cargo.

En primer lugar, mi agradecimiento a Dios porque, a pesar de mis limitaciones, ha querido sostenerme hasta el final. Ha sido un período difícil. La búsqueda de opciones pastorales renovadas y la natural diversidad de soluciones ha debilitado, quizá, nuestra unidad y dificultado nuestra atención a lo fundamental: el compromiso religioso y la oración.

Agradezco después a todos la confianza que me habéis tenido (...). Lo mucho que cada día me edificaba vuestra fiel generosidad en la vocación era para mí constante aliento, en medio del dolor causado por los numerosos hermanos que nos han ido dejando».

Comenta a este respecto don Carlos Zamora: «Le tocó desempeñar cargos de autoridad durante muchos años; creo que no le gustaba hacerlo. Pero estoy seguro de que aceptó este servicio precisamente porque estaba siempre disponible a lo que Dios le pedía. Afrontaba esta responsabilidad con ánimo sereno, con respeto a los hermanos, con oración y confianza en el Señor».

Superior y estudiante

La etapa *romana* que le tocó vivir una vez exonerado de las responsabilidades de ámbito provincial, marcaron en el alma de Juan una nueva dimensión, que cabría denominar de *salesianismo científico* o reflexionado. «Terminé mi sexenio de inspector —sigue explicando el propio Juan— y debí sufrir una operación de des-

prendimiento de retina. Fue un factor más para decidir un año sabático en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Allí pude reelaborar el volumen sobre las obras de San Juan Bosco, que don Rodolfo Fierro ya había editado por dos veces en la colección de la BAC. Mientras don Antonio Martínez Azcona iba revisando o preparando las traducciones, yo pude ampliar las consultas, completar la selección de los escritos originales y preparar, en fin, las introducciones correspondientes.

Al concluir este curso (1976-1977), formé parte de la comisión precapitular del Capítulo General 21, y fui nombrado director de la comunidad de sacerdotes estudiantes Beato Miguel Rua (1977-1980). Esto me permitió redondear mis estudios con la licenciatura en espiritualidad salesiana por medio de un estudio sobre el *testamento espiritual* de Don Bosco y seguir después con el doctorado...

Con el presente curso (1979-80), se completarán cuatro años de revisión de todo lo hecho a la luz de las fuentes salesianas, en un clima de serenidad y trabajo metódico».

A la verdad, llama la atención esta figura de Juan Canals, superior y estudiante universitario a un mismo tiempo. No se puede negar que se trata de una manera muy personal de afrontar ese período de relativo descanso que los superiores le ofrecían. El apunte autobiográfico acaba con esta declaración: «Doy gracias al Señor porque, a pesar de mis limitaciones, he podido entregar con optimismo y esperanza todas mis energías al trabajo salesiano: primero, entre los jóvenes, y, en los últimos diez años, entre los salesianos».

Los últimos 15 años

Durante el bienio 1980-1982, fue profesor de teología espiritual en este Centro Teológico de Martí-Codolar y secretario del mismo. Mientras tanto se dedicaba a elaborar su tesis doctoral.

Luego fue nombrado director de la comunidad salesiana de las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarrià (1982-1987). Compaginó este cargo con sus tareas profesionales y con la preparación, defensa y publicación de su tesis doctoral: *La amistad en las diversas ediciones de la vida de Comollo escrita por San Juan Bosco. Estudio diacrónico y edición del manuscrito de 1839*

(Roma, 1986). Durante su directorado, aquella comunidad celebró los Centenarios de la Casa (1984) y de la visita de Don Bosco a Sarrià y Barcelona (1986).

A continuación, pasó a la casa de Barcelona-Tibidabo, como director y párroco-rector de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús (1987-1993), donde fue incansable promotor del culto y la adoración perpetua al Santísimo Sacramento.

En este tiempo, en el año 1988, murió su santa madre y Juan cuidó amorosamente la edición de una amplia selección de su obra poética. El librito *Sempre en actiu* es una joya en que brillan a un mismo tiempo el entusiasmo vital, la fe lúcida y la sensibilidad poética de una gran madre cristiana.

En estos años asumió también el cargo de director general de la Adoración Nocturna Femenina Española (ANFE). No fue para él un simple título honorífico: lo prueban sus frecuentes intervenciones en las asambleas, el puntual envío —cada mes— del tema formativo y el dolor que en la asociación ha causado su fallecimiento: «Don Juan nos ha dejado en momentos difíciles —nos ha escrito la señora presidenta—. Nos ha sido arrebatado cuando más lo necesitábamos. Y cuesta asumir la pérdida de su apoyo, firme y discreto; su clara, recta y práctica visión de las cosas; su consejo que encaminaba sin forzar, que ayudaba a descubrir y afirmar la raíz última de nuestra identidad adoradora».

Desde el curso pasado, 1993-1994, don Juan Canals se encontraba de nuevo en esta comunidad *Don Bosco* de Martí-Codolar, donde desarrollaba dos actividades de importancia y de interés general. La primera consistía en la preparación de la documentación relativa a la causa de nuestros mártires de la guerra civil española (1936-1939). Gracias a su labor, hoy es un trabajo prácticamente concluido. Tanto que el postulador general de la Congregación, don Pasquale Liberatore, expresaba en su pésame la admiración y la gratitud que sentía hacia Juan, porque «su aportación a la causa de los mártires ha sido preciosa y determinante».

La segunda se centraba en el nuevo ordenamiento e informatización de la biblioteca del Centro de Estudios Eclesiásticos y Pastorales —con unos 40.000 volúmenes—, tarea en la que ponía toda su ilusión y esfuerzo, marcando con pulso firme los ritmos y el

calendario en que debía cumplirse la gran operación..., que, por desgracia, se le ha escapado de las manos para siempre.

Además, ya había aceptado, para cuando terminara sus trabajos inmediatos, el de catalogar para el Instituto Histórico Salesiano de Roma la bibliografía de Don Bosco y sobre Don Bosco, publicada en lengua castellana.

Junto a estos objetivos más importantes, el celo pastoral de don Juan alcanzaba también otros, como la parroquia de San Cipriano —en la que colaboraba como vicario— y varias comunidades religiosas.

En el funeral del día 8 de abril —presidido por el padre Inspector, don Antonio Domènech—, se llenó por completo el Santuario de María Auxiliadora de Sarrià. Al lado de la familia salesiana estaban los parientes y amigos. El acto constituyó una solemne manifestación de dolor y de adhesión afectuosa. Durante las tandas de Ejercicios Espirituales que se celebraban por aquellos días, el recuerdo y la oración por el hermano desaparecido fueron constantes.

Días más tarde (sábado, 6 de mayo), celebramos la fiesta de la comunidad inspectorial en la casa y templo del Tibidabo. En el programa figuraba el nombre de Juan Canals entre los hermanos que, este año, celebran las Bodas de Oro de profesión religiosa. Al hacerse entrega del sencillo obsequio preparado para cada uno de ellos, el de Juan Canals quedó depositado sobre el altar... Estalló unánime un emocionado aplauso: era el agradecimiento de toda la Inspectoría a un hermano que por ella lo había dado todo.

Retrato espiritual

Ordenados cronológicamente los datos más importantes de la vida de nuestro hermano difunto, intentamos ahora trazar los rasgos más característicos de su personalidad. Lo haremos aportando sobre todo los diversos testimonios que, durante estas últimas semanas, nos han ido llegando de una y otra parte.

Religioso de cuerpo entero

En la homilía de la misa de exequias, el padre Inspector afirmaba que Juan quería hacer de su vida y, sobre todo, de su sacerdocio «una prolongación de la vida de Jesús para cumplir la voluntad del Padre a través de la obediencia», tal como él mismo declaraba en la petición de la ordenación sacerdotal. «Y, así, Juan vivía convencido de la misión que debía cumplir. En medio de tantos momentos difíciles e incluso desconcertantes que le tocó pasar como superior, él seguía siempre una línea recta, la correspondiente a los valores permanentes de la vocación cristiana y salesiana».

Ya hemos citado aquellas palabras de su madre, en las que le recomendaba que no anduviera distraído por las cosas pequeñas que no conducen a ningún lado. Y hay que decir que Juan no perdió de vista la recomendación materna, porque, a lo largo de los 50 años de salesiano, siempre estuvo cautivo de la llamada de la vocación.

Es lo que todos han podido comprobar y lo que Carlos Zamora expresa con estas palabras: «Como religioso, le vi enamorado de su vocación, agradecido a Don Bosco y a la Congregación. Espiritual, profundamente espiritual en sus motivaciones, en su vivencia, en sus intenciones. Quiero decir que era muy recto en lo que hacía y que lo vivía conscientemente como respuesta a la voluntad del Padre».

Obediente

Recordamos bien la opinión de los que le admitieron al noviciado, y que, por su parte, sintetiza así don Antonio Manero:

«Extraordinario espíritu de trabajo, enorme capacidad intelectual, obediencia ciega tanto de joven como de mayor». Pero, tal vez, lo más característico de esta actitud estriba en el entusiasmo y optimismo con que la llevaba a la práctica. También en este punto, Juan supo secundar los deseos de su madre: «Pon todo tu ánimo en lo que te manden los superiores» —le había dicho—.

El superior regional, don Antonio Rodríguez Tallón, nos ha hecho el comentario siguiente: «Tenemos muchas cosas que agradecer a don Juan Canals, hombre trabajador, con profundo sen-

tido salesiano y amor a la Congregación, disponible para cuantas incumbencias se le asignaran, aunque éstas suponían un trabajo añadido a sus habituales responsabilidades».

Y don Alfredo Roca: «El recuerdo del hermano que, como salesiano y sacerdote, sabe dar la vida sin restricciones de ninguna clase quedará vivo entre nosotros. En los diversos cargos que le confió la Congregación puso toda su alma, y en los momentos difíciles para la Inspectoría consiguió mantenerse sereno, ganándose así el afecto de los hermanos».

Servidor

En Juan la actitud de servicio fue el resultado lógico tanto de sus convicciones religiosas como de su corazón, bueno y generoso por naturaleza. Con un gran conocimiento de causa, don Francisco Riu señala lo siguiente: «Si tuviera que remarcar alguna de sus virtudes, la primera sería su espíritu de servicio, que le impulsaba a ejercer su responsabilidad con una auténtica obsesión para ser fiel a la voluntad de los superiores y con una disponibilidad sin límites. Siempre estaba a punto. Y cuando se daba cuenta que podía hacer un favor no dudaba en ofrecerse para cualquier clase de sustitución. Juan era una persona que se sentía obligada a hacer lo que tenía que hacerse en cada momento.

Pero eso sí: sin hablar mucho, y respetando siempre el resultado de las consultas que, como superior, hacía con frecuencia a los miembros del Consejo Inspectorial, aunque personalmente y de entrada viera las cosas de una manera diferente».

«Destacaba en él —añade don Euniciano Martín— su gran capacidad de trabajo y disponibilidad constante, tesón y preparación para realizarlo. Y, al mismo tiempo, su buen carácter, sencillo y servicial con todos. Lo mejor que te podía ocurrir en cualquier asamblea o comisión era que te pusieran a trabajar con él: sabía y, aunque consultaba y tenía muy en cuenta el parecer de los otros, él hacía el trabajo. En Sarrià con todos sus títulos académicos, siendo director de la casa, daba las clases humanísticas en los cursos ocupacionales, a los chicos menos dotados... Él iba siempre adonde hacía falta».

Así era nuestro hermano y amigo Juan Canals: «Un *niño* en el sentido más evangélico de la palabra —según don José Soran-

do—. Servicial, dispuesto a echar una mano con la mayor naturalidad y sin darse ninguna importancia».

En fin, este rasgo sobresalía tanto en él que los testimonios se acumulan una y otra vez. Terminemos con éste de don Antonio Mérida: «Me ha impresionado siempre su sencillez amable, su serenidad y su ilusión y entrega por la Congregación. Le recordaremos por sus buenos servicios intelectuales, pero también por su ejemplar testimonio de salesiano feliz».

Relaciones humanas

En general, todos los que le conocieron de cerca están de acuerdo en afirmar que este punto no era precisamente el más fuerte en el talante humano del padre Canals. Pero enseguida tratan de dar algunas explicaciones, como don Francisco Riu cuando dice: «Algunos tienen la impresión de que Juan era una persona de pocas palabras, poco comunicativa e, incluso, un tanto esquiva. Es que no lo conocían bien. Juan era uno de esos hombres que no hablan de lo que llevan entre manos o de lo que les preocupa por dentro. Pero estaba siempre dispuesto a charlar, como una forma más de acercamiento humano o una manifestación normal de convivencia fraterna. Y al ser un hombre de cultura, la conversación con él resultaba enseguida interesante y enriquecedora. Y si hacía falta provocar unas risas en el grupo, él sabía tener a punto algunos chistes más o menos divertidos».

Don Carlos Zamora apunta a que «su clara inteligencia le permitía llegar muy rápidamente a conclusiones que otros necesitaban más tiempo para valorar y, por lo mismo, podían pensar que no les había prestado atención. Pero era muy visible el esfuerzo que hacía por escuchar, ser cordial, atento y hasta simpático. Como manifestación de este esfuerzo interpreto su propensión a contar anécdotas y chistes».

En la misma línea de valoración se coloca don José María Maideu cuando escribe que «a pesar de las apariencias de rigidez y *cuadratura*, Juan era muy humano».

El Rector de la Universidad Salesiana de Roma, padre Rafael Farina, descubre lo que constituía la raíz intelectual del comportamiento de Juan: «Era un hermano laborioso y ejemplar, que ha dejado en todos un recuerdo de gran bondad —nos escribe

en su misiva de condolencia—. Estudió la paternidad y el amor de Don Bosco, su amistad con los jóvenes y con los salesianos: este estudio ha sido su sueño y su ideal, que gradualmente ha configurado y afinado su ánimo y, de algún modo, incluso su temperamento».

A mejorar y potenciar su mundo de relaciones con los demás, le ayudaban sin duda la voluntad de servicio que tenía —tal como se ha explicado antes— y la capacidad para hacer favores. Muy en concreto, su vocación innata de bibliófilo y su cargo de bibliotecario le ponían en contacto no sólo con libreros y librerías, sino con los hermanos que necesitaban alguna ayuda en los estudios: un libro, un folleto, una revista, un documento. Juan, entonces, entraba en acción, y, en un tiempo sorprendentemente breve, el interesado quedaba bien informado y servido.

Preocupaciones espirituales y pastorales

Durante el período en que le tocó estar al frente de la Inspectoría (1970-1976), el padre Canals hubo de afrontar sobre todo el problema de las vocaciones y el de la renovación apostólica que promovía el Capítulo General Especial (1971-1972). Indudablemente fueron dos grandes temas que impactaron con fuerza en la mente y el corazón del responsable de la animación de la Inspectoría. Como efecto de su esfuerzo espiritual y de la experiencia pastoral vivida en aquella coyuntura histórica, don Juan Canals llegó a una serie de convicciones que brindaba a todos sus salesianos en julio de 1976:

1.º *Necesidad de colocar, por encima de todo, la oración:* «Es el alma de la vida religiosa, razón del diálogo de hombres-vinculados-con-Dios...».

2.º *Necesidad de favorecer al máximo la vida de comunidad:* «Ser cariñosos unos con otros, ayudarnos en lo posible, ser solidarios generosamente...».

3.º *Necesidad de entregarse, con todo empeño, a la realización de la misión salesiana:* «Ahí está la fuerza de la alegría profunda que inútilmente buscaremos en otra parte...». (Circular del 14 de julio de 1976, ya citada.)

Queridos hermanos:

Haría falta añadir muchas cosas más para tener una aproximación más cumplida a la figura y actividades de don Juan Canals. Pero no cabrían en los límites impuestos a esta carta abierta.

Si, ahora, antes de firmarla, tuviera que dar, por mi parte, algún pensamiento conclusivo, me atrevería a decir que Juan fue un *salesiano sacerdote*. Simplemente eso. Pero todo eso. Consultando mi propia experiencia, después de haber leído sus escritos y oído cuanto han testimoniado otros de él, no sabría encontrar una síntesis mejor.

Os escribo estas líneas desde la casa de Martí-Codolar, que, como sabéis, fue visitada por San Juan Bosco el 3 de mayo de 1886. El mismo padre Canals tuvo la idea de hacer traducir al castellano la conocida *cronaca* de don Carlos María Viglietti, en la que se narra aquella visita. Una idea realmente feliz.

Por eso, permitidme que os recuerde que ésta es vuestra casa, a la que Juan amó y sirvió con todo el corazón. Desde ella saludo también afectuosamente a sus familiares, con los que, los días pasados, he compartido el mismo dolor y la misma esperanza.

Estamos siempre unidos en Don Bosco.

MIGUEL CARABIAS
Director

Comunidad Don Bosco. Martí-Codolar

Sac. Joan Canals i Pujol

* 16-08-1929. En Molins de Rei (Barcelona)

✠ 06-04-1995. Barcelona, Martí-Codolar

Fue inspector durante seis años (1970-1976)

